

griega é hizo extensiva á toda la humanidad la igualdad que reinaba en ella: segun *Leroux*, esta evolucion del dogma de la igualdad es la gloria del cristianismo y de Licurgo al mismo tiempo (1). No creemos que la fraternidad cristiana sea el desarrollo de la igualdad practicada por los Helenos. El principio cristiano es puramente religioso: Jesucristo no pensaba en la igualdad política, como no pensaba en la emancipacion de los esclavos. Su religion es esencialmente una religion del otro mundo, miéntras que la igualdad social es una de las bases de la organizacion de este mundo. Puede decirse que la igualdad política está en gérmen en la igualdad religiosa; pero para desarrollar este gérmen ha sido necesario un espíritu diferente del espíritu cristiano. Esto quiere decir que no debemos atribuir al cristianismo la ventaja de las garantías de que disfrutamos. La igualdad de los Espartanos se acerca más que la igualdad religiosa del Evangelio á la igualdad de los pueblos modernos; existia en el seno de la aristocracia dominante; la cuestion se reducía simplemente á admitir en la ciudad á todos los hombres libres. Este progreso ha sido realizado por Roma, sin necesidad de ninguna influencia religiosa. En ella desaparece la servidumbre, nacida de la conquista; los vencedores se asimilan á los vencidos y concluyen por asociarlos á sus derechos. Desgraciadamente, cuando tuvo lugar esta asociacion, ya no habia derechos: el emperador concentraba en su persona todo el poder del pueblo. Para realizar el ideal de la igualdad, era necesario un nuevo progreso: dar á los hombres la libertad y asegurarla á todos los desheredados del mundo antiguo, incluso á los esclavos. Esta fué la obra de los Germanos: á ellos, y no al cristianismo, debemos nuestra igualdad política y nuestro espíritu de libertad. Los Griegos carecian de este espíritu, cuya falta se nota aún más en los cristianos. Sin embargo, sin libertad la igualdad es una quimera. Si la igualdad tiene algun valor, es porque implica derechos concedidos á todos los ciudadanos, y estos derechos no son más que una palabra vana, si no está garantida la libertad. Los Griegos no llegaron á organizar la igualdad en sus ciudades, porque carecian del sentimiento de la verdadera libertad.

(1) LEROUX, *La Igualdad*, § 14, 15 (*Encyclopédie Nouvelle*, t. IV, p. 637, s.).

CAPITULO III.

LUCHA DE LOS VENCEDORES Y DE LOS VENCIDOS, DE LA ARISTOCRACIA Y DEL PUEBLO, DE LOS RICOS Y DE LOS POBRES.

Todos los hombres tienen derecho á la igualdad, por el mero hecho de ser hombres. Este derecho se manifiesta con una fuerza irresistible en los pueblos de Occidente. Por dura que sea la conquista, los vencidos se revuelven siempre contra el vencedor, porque tienen conciencia de su derecho de igualdad. La lucha de la aristocracia y del pueblo es, pues, un hecho inevitable, providencial; se presenta en todas partes, variando únicamente los accidentes. Está en la naturaleza de las cosas que el primer combate entre los oprimidos y los opresores haya sido largo y sangriento. Esto fué lo que sucedió en Grecia.

Hemos expuesto los resultados de la invasion dórica y la condicion de las poblaciones conquistadas. La dominacion de los conquistadores solamente fué definitiva y sólida en el Peloponeso; pero el movimiento producido por la invasion se propagó á toda la Grecia. Todas las ciudades fueron trastornadas; en todas partes adonde alcanzó la conquista se formó una aristocracia fundada en la fuerza de las armas. Las poblaciones sometidas gozaban de la libertad personal, pero carecian de derechos políticos. En algunas repúblicas, como Lacedemonia, este estado de cosas se inmovilizó; la fuerte organizacion de la aristocracia espartana contuvo en la servidumbre á los Periecos y á los Hotas. En la mayor parte de las ciudades hubo guerra permanente entre la aristocracia y el pueblo.

La codicia de riquezas, que es un rasgo dominante de la raza griega (1), dió á esta lucha un carácter particular. Esta tendencia debia producir la ruina de la aristocracia. El poeta *Theognis* se queja de que en los casamientos no se tenía en cuenta más que la fortuna; de aquí resultó una confusion de todas las clases de la sociedad, y la extincion inevitable de la verdadera nobleza (2). Como la riqueza era el único título de consideracion, llegó á ser tambien el único título de poder; de aquí el cambio del gobierno aristocrático en timocracia (3). El lenguaje de los historiadores y de los políticos revela la profunda revolucion que se operó en la sociedad; no designan ya á los miembros de la aristocracia con el nombre de *nobles*, sino con el de ricos (4).

Este cambio, que acabó por ser general, tuvo lugar primeramente en las ciudades marítimas. En Esparta los vencedores habitaban en la ciudad y los vencidos en la campiña. En Atenas y en Corinto, por el contrario, las necesidades del comercio hicieron entrar en la ciudad á parte del pueblo; el contacto de una vida comun disminuyó la distancia entre vencidos y vencedores, y, cuando la misma aristocracia se dedicó al comercio, ya no hubo entre las diversas clases de la sociedad más diferencia que el grado de su fortuna (5). Esta revolucion favoreció el desarrollo del elemento democrático (6), pero hizo tambien más áspera la lucha entre la aristocracia y las poblaciones sometidas. La aristocracia, que se encontraba en posesion del gobierno y de las riquezas, abusó de su poder para oprimir al pueblo. Así sucedió en Atenas. El gobierno se hallaba en manos de cuatro familias; las magistraturas no eran accesibles más que á los Eupatridas; ellos solos formaban las asambleas (7). ¿Cómo usó la aristocracia ateniense de

(1) Ya en tiempo de los siete sabios se decia que *el dinero era todo el hombre* (PINDAR, *Isthm.*, II, 17).

(2) THEOGONIS, v, 1, s. 190.

(3) ἀπὸ τιμημάτων. PLAT., *Rep.* VIII, 550, C. sig.—C. ARIST., *Polit.*, v, 8, 4.

(4) πλούσιοι, πλουτοῦντες, πᾶσις. WACHSMUTH, § 44, nota 70 y Anexo 17.

(5) HERMANN, *Griech. Staatsalt.*, § 61, nota 7.—WACHSMUTH, *Hellen. Alterth.*, t. I, p. 395.

(6) El espíritu democrático inherente al comercio se manifiesta hasta en el seno de la democracia ateniense; el Pireo era más democrático que la ciudad (ARIST., *Polit.*, v, 2, 12).

(7) ARIST., *Polit.*, II, 9, 2.—DION. HAL., II, 8.—WACHSMUTH, § 51.

su omnipotencia? Los Eupatridas se portaron más como usureros que como nobles. El pueblo entero, segun Plutarco, estaba lleno de deudas contraidas con los ricos: unos eran adjudicados á sus acreedores como esclavos, otros se veian precisados á vender sus propios hijos ó á huir léjos de la ciudad para evitar la crueldad de sus acreedores (1).

Las aristocracias deben portarse con moderacion, si quieren ser duraderas; para que el pueblo acepte su dependencia deben, por lo ménos, asegurarle una condicion material tolerable. Oprimiendo con sus usuras á la plebe, las aristocracias griegas provocaron violentas reacciones. Sin embargo, los vencidos no se atrevian todavía á reclamar la igualdad de derechos; todo lo que pedian se reducía á algun alivio en la carga que pesaba sobre ellos. No les faltaron apoyos en el seno de la aristocracia; la ambicion ó el deseo de venganza hizo á algunos miembros de la clase dominante pasar á las filas democráticas. No era tanto el deseo de la igualdad cuanto el interes personal lo que inducía á los aristócratas á hacerse jefes del pueblo: supieron conciliar los deseos populares con su ambicion, librándole de la opresion y concentrando en sus manos todos los poderes. De aquí la tiranía (2).

El nombre de tiranía suscita hoy la idea de una dominacion cruel, sanguinaria: tales fueron los tiranos de la decadencia de la Grecia (3). Los que nacieron de la lucha del pueblo y de la aristocracia no presentan analogía con este régimen más que por lo arbitrario de su poder: su gobierno era usurpado, pero se ejercía generalmente en provecho del pueblo; los nobles fueron las únicas víctimas de sus excesos. Era una reaccion de los vencidos contra los vencedores, una protesta sangrienta contra los conquistadores dóricos (4). Era general la opresion y lo fué tambien la insurreccion. En los siglos VII y VI ántes de Jesucristo, hubo movimientos revolucionarios en toda la Grecia; pero, no estando aún el pueblo preparado para la democracia, delegó su poder en un represen-

(1) PLUTARCH., *Solon.*, 13.

(2) HERMANN., *Griech. Staatsalt.*, § 63.

(3) Véase más adelante, libro v, c. 5. § 1, núm. 3: la nueva tiranía.

(4) O. MÜLLER, *Die Dorier*, t. I, p. 161.

tante, á quien quiso desacreditar el partido de la nobleza llamándole tirano (1).

Los tiranos ensalzaron á los vencidos y humillaron á los vencedores; todo el órden social fué trastornado. Al culto dórico opuso Clístenes un culto extraño á la raza conquistadora, el culto de Baco. Las poesías de Homero agradaban á los Dorios, porque cantaban las guerras y los héroes; Clístenes prohibió á los rapsodas la entrada en Sicione (2). En el órden político introdujo innovaciones todavía más considerables. Cambió los nombres de las tribus; los nobles conquistadores fueron denominados tribus del asno y del cerdo; la tribu de los antiguos habitantes recibió el nombre de Arqueolaos, para indicar que en lo sucesivo le correspondía el poder (3). En Corinto toda la autoridad estaba concentrada en una sola familia. Cipselo, de la raza de los vencidos lo mismo que Clístenes, pero relacionado con la familia dominante, se apoderó del poder: desterró un gran número de nobles; los demás abandonaron voluntariamente una patria que no presentaba para ellos ningún atractivo desde que habían dejado de dominar. Periandro continuó la política de su padre; destruyó todas las instituciones que recordaban la conquista y que servían para perpetuar el espíritu de la raza conquistadora; abolió los banquetes públicos, símbolo de la igualdad aristocrática; prohibió que los Baquiadas diesen á sus hijos educación dórica (4). Pero el efecto de estas medidas era demasiado lento para la impaciencia de los nuevos dominadores; hubieran querido aniquilar inmediatamente la odiosa oligarquía que había oprimido al pueblo. Según Herodoto, un tirano de Mileto dió á Periandro un consejo análogo al que se atribuye á Tarquino. Trasíbulo, consultado por el tirano de Corinto acerca de los medios de reinar honrosamente y con seguridad, salió al campo con el mensajero; durante el paseo se entretuvo en cortar las espigas más altas, y despidió al mensajero sin darle más respues-

(1) WACHSMUTH (§ 58) da la enumeración de estas tiranías.
 (2) AELIAN, v, H., XIII, 19.—MÜLLER, *Die Dorier*, t. I, p. 163.
 (3) Ἀρχέλαος, que gobierna el pueblo.—HEROD., v, 68.
 (4) MÜLLER, *Die Dorier*, I, 166.

ta. Periandro lo entendió, y condenó á destierro ó á muerte á los nobles á quienes su padre había perdonado (1).

Lo que sucedió en Sicione y en Corintio es la imagen del movimiento revolucionario que agitó á las ciudades griegas durante dos siglos. La reacción no fué en todas partes tan cruel como en Corinto, pero los tiranos se hicieron en todas partes jefes del partido popular; lejos de merecer la nota de infamia, que acompaña hoy á su nombre, eran estimados y considerados. Solon celebró en sus versos la justicia de un tirano; los más nobles poetas, Píndaro, Esquilo, Simónides, Anacreonte, vivieron en la corte de los tiranos (2). Pisistrato es una de las grandes figuras de la Grecia; los historiadores y los filósofos de la antigüedad, por más que fuesen hostiles á la tiranía, hacen grandes elogios de él (3).

Tucidides dice que casi toda la Grecia estuvo sometida á los tiranos, y que la mayor parte fueron arrojados por los Espartanos; en la intervención de Esparta en favor de la libertad ve el principio de su poder (4). ¿Atribuiremos á tan generoso motivo la guerra á muerte que los Lacedemonios hicieron á la tiranía? Como representantes de la aristocracia dórica, el interés de su conservación los inducía á seguir el partido de la aristocracia, desterrada y diezmada por los tiranos. Los Espartanos combatían la tiranía en nombre de la libertad, pero de la libertad aristocrática, nacida de la conquista; cuando advertían que el pueblo se apoderaba de los despojos de la tiranía, tomaban las armas en favor de los tiranos. Esto sucedió en Atenas después de la expulsión de los Pisistratidas; Esparta trabajó por restablecer los tiranos, tanto como había trabajado por vencerlos. *Herodoto* pinta con vivos colores el asombro de los aliados de Lacedemonia al ver este cambio de conducta: «Creyeron, dice, que el cielo bajaba á la tierra y que la tierra subía al cielo» (5). Los Espartanos eran muy consecuentes; no atacaban á la tiranía como tal, sino á la libertad política que los tiranos representaban. Así es que su victoria, lejos de ser

(1) HEROD., v, 92.—Compárese MÜLLER, I, 165.
 (2) HEROD., v, 113.—WACHSMUTH, t. I, p. 501.
 (3) THUCYD., VI, 54.—PLUTARCH., *Solon*, 31.—ARIST., *Polít.*, v, 9, 21.
 (4) IBID., I, 18.
 (5) HEROD., v, 91-93.

beneficiosa á la libertad general, lo fué únicamente á la aristocracia.

¿Quiere esto decir que la historia debe ecliar de ménos á los tiranos? Tanto valdria ensalzar la usurpacion y el poder arbitrario. El ejemplo de la Grecia prueba, por el contrario, cuan funesta es la usurpacion de la soberanía del pueblo, áun cuando se la ejerza en su nombre y aparentemente en su beneficio. Una dominacion ilimitada lleva siempre consigo abusos inseparables. Los hijos de los tiranos heredaban el poder de sus padres, pero pocas veces su prudencia política (1); sus excesos les hicieron perder las simpatías de la democracias de que eran órganos; cuando Esparta los atacó, no se levantó el pueblo para defenderlos. Conocemos, sin embargo, que el reinado de los tiranos griegos ha influido favorablemente en la civilizacion griega. Los tiranos fueron enérgicos agentes de las ideas nuevas; rompieron el aislamiento dórico; bajo su régimen entraron los Griegos en la carrera de las artes, que habia de constituir la gloria del nombre helénico (2). Pero, aunque hacemos ver el bien que la Providencia sabe sacar del mal, cuidemos de no atribuir los honores á los que hacen el mal. Hay un bien, sin el cual todas las ventajas de la civilizacion más brillante no son nada, y es la libertad. El poder arbitrario es, pues, el mal de los males; esteriliza hasta el bien que hace. La Grecia nos presenta este ejemplo. La tiranía, nacida de la necesidad de la igualdad y de la libertad general, hubiera debido desarrollar estos generosos sentimientos, pero estaba viciada en su esencia; el egoísmo era su móvil, la dominacion su objeto, la igualdad su pretexto. Así las ideas políticas, en lugar de elevarse, se hicieron más pequeñas. Creíanse libres, porque se vengaban de sus enemigos políticos; de venganza en venganza venian á parar á la disolucion y á la muerte. Tal fué el régimen de los tiranos en el interior de las ciudades. Su poder fué demasiado efímero para que podamos apreciar su política exterior. Una cosa, sin embargo, es segura; si hubieran consolidado su dominacion, la Grecia hubiera perdido su independencia en las guerras médicas. Los tiranos no hubieran

(1) ARIST., *Polit.*, v, 8, 20.—Compárese HERMANN, § 65.

(2) HERMANN, § 64.

opuesto á los Persas la resistencia heroica de Maraton y de Salamina; guiados por su egoismo aristocrático, se hubieran convertido fácilmente en sátrapas del Gran Rey, si se les hubiera conservado el poder que habian usurpado. Debemos, pues, felicitarnos de la caida de los tiranos. Pero no debemos atribuir este honor á los Espartanos; éstos eran tan egoistas como los tiranos; apénas pensaban en la independencia de la Grecia cuando les declararon la guerra; y ménos aún se proponian asegurar la libertad y la igualdad en el interior de sus ciudades.

La expulsion de los tiranos no puso fin á la guerra intestina que desolaba á las repúblicas griegas. En el Peloponeso el ascendiente de Esparta hizo prevalecer el régimen aristocrático, pero no consiguió darle la estabilidad de su propio gobierno. En Atenas un legislador célebre trató de armonizar los diversos intereses y fundar la concordia sobre la igualdad. Solon mitigó la miseria del pueblo reduciendo las deudas, y le dió garantías para el porvenir con la abolicion de la servidumbre que pesaba sobre los deudores desgraciados (1). Conservando á los ricos las magistraturas, dió, sin embargo, parte en el gobierno á los pobres, admitiéndolos á votar en las asambleas y en los tribunales (2). Este derecho, poco importante al principio, abrió la puerta á la democracia, que acabó por degenerar en olocracia, entregando el dominio futuro al elemento democrático. Solon evitó á su patria las sangrientas luchas que los partidos sostuvieron en casi todas las ciudades griegas (3). Demóstenes dice que no habia paz segura entre los Estados aristocráticos y las democracias (4); en el interior de las ciudades era igualmente imposible la armonía entre los dos principios. No porque sean inconciliables los diversos intereses de las diferentes clases; sólo mediante esta conciliacion existe la sociedad. Pero para que sea posible tiene que fundarse en la igualdad, y los derechos iguales deben estar garantidos por las instituciones políticas. Mas los Griegos desconocian la idea de un derecho igual para todo ciudadano, y más aún la idea de las garantías que aseguran la liber-

(1) PLUTARCH., *Solon.*, 18, 15.—WACHSMUTH, t. I, p. 472, nota 9.

(2) *IBID.*, *ib.*, 23.—WACHSMUTH., p. 479 y sig.

(3) GROTE, *History of Greece*, t. III, p. 141 y sig.

(4) DEMOSTH., *pro Rhodior. libert.*, § 17 (p. 195, 20 y sig.).

tad individual. Las luchas que desgarraban las ciudades no tenían por objeto el derecho, sino el poder, y el poder en lo que tiene de más mezquino, los privilegios, los goces, las ventajas materiales que le son inherentes. Por esto la división fué irremediable y produjo la ruina de la Grecia.

La responsabilidad de estas eternas divisiones corresponde principalmente á la aristocracia, porque fué la primera que dirigió los destinos de las ciudades griegas. Los aristócratas de la Grecia no tuvieron más que pasiones mezquinas. Acabamos de decir que tenían tan poco arraigado el sentimiento de la patria, que abandonaban las ciudades en que no dominaban. Cuando volvieron á vencer con el apoyo de los Espartanos, no pensaron más que en la venganza. Nunca se ha pronunciado juramento más impío que el de las oligarquías helénicas: «Serémos enemigos del pueblo, y le harémos todo el mal que podamos» (1). ¡Los desgraciados fueron fieles á este horrible compromiso! Cuando eran demasiado débiles para vencer francamente á sus enemigos por medio de la fuerza, se desembarazaban de los jefes del pueblo, matándolos (2). No pudiendo asesinar á toda una población, desterraban á los principales de sus adversarios. Hubo caso en que quedaron en la población ménos ciudadanos que los que habia desterrados; á veces el pueblo fué expulsado en masa (3). Y ¡ay de los desterrados, si el partido dominante los encontraba en el campo de batalla entre las filas de los enemigos! La esclavitud era para ellos un beneficio demasiado grande; eran condenados á muerte (4). Estas pasiones salvajes no estaban contenidas por ningún freno; no habia asilo que pudiera defender á las víctimas de las venganzas aristocráticas (5).

¿Cómo hemos de extrañar que semejantes atrocidades provocasen sangrientas reacciones? Los excesos del pueblo son más excusables que los de los nobles, porque el pueblo era el oprimido; el

(1) ARIST., *Polít.*, v, 7, 19.

(2) THUCYD., III, 70; VIII, 65-70.—XENOPH., *Hell.*, v, 2, 39-36.—DIODOR., XIII, 104.

(3) IBID., v, 4.—PLUTARCH., *Lysand.*, 14.—XENOPH., *de Rep. Athen.*, III, 11.

(4) XENOPH., *Hell.*, VII, 4, 26.—Los Tebanos concedían la libertad á los prisioneros de guerra mediante rescate; condenaban á muerte á los desterrados Beocios como criminales (PAUSAN., IX, 15, 4).

(5) HEROD., VI, 91.

abuso mismo que cometía con su victoria era un testimonio de su opresión. Dejaba de pagar los intereses de las deudas que la miseria le habia obligado á contraer; saqueaba las casas de los ricos y los desterraba para apoderarse de sus bienes; abrumaba con impuestos á sus adversarios á fin de empobrecer á los ricos y de enriquecer á los pobres (1). Estos decretos reaccionarios tenían á veces un carácter más elevado, inspirado por el orgullo de la victoria. Los nobles se habian desdenado de mezclar su sangre con la del pueblo, lo habian excluido de las magistraturas; la plebe victoriosa afectó á su vez sentimientos aristocráticos, rehusando la alianza con los nobles, y apropiándose el derecho exclusivo á los honores (2). Generalmente la victoria de un partido era una sentencia de muerte para el otro (3). El perdón era cosa casi desconocida: el más bello título de gloria de la democracia griega es el haber dado el primer ejemplo. Después de la derrota de los treinta tiranos, Trasíbulo prohibió maltratar á los que se rendían; solamente los tiranos y diez de sus secuaces fueron desterrados; una ley de olvido prohibió acusar á nadie por los hechos pasados (4).

La lucha de la aristocracia y de la democracia hubiera tal vez dado por resultado una forma de gobierno definitiva, si cada ciudad hubiera quedado abandonada á sí misma; cada una hubiera adoptado el estado social más en armonía con su genio particular. Pero los principios hostiles se personificaron en Esparta y Atenas: ambas repúblicas aspiraban á la hegemonía, y, para consolidar su influencia sobre las ciudades que de grado ó por fuerza seguían su bandera, establecían en ellas ya el régimen de la oligarquía, ya el de la muchedumbre. No era, pues, posible esperar armonía: la organización social de las poblaciones no se decidía por sus tendencias propias, sino por la suerte de los combates; y, como la victoria arrancaba á las repúblicas rivales ya una ciudad, ya otra, todas ellas se encontraban en estado permanente de revolución.

Cuando vencía Esparta, dominaba la aristocracia, y el pueblo

(1) ARIST., *Polít.*, v, 2, 6; v, 4, 3.

(2) XENOPH., *de Rep. Ath.*, I, 13.—HERMANN, § 68.—THUCYD., VIII, 20.

(3) Καὶ εἰς μὲν δήπου πᾶσαι μεταβολαὶ πολιτείων θανατηφόροι. Es un dicho de Cricias en XENOPH (*Hellen.*, II, 3, 32).

(4) GROTE, *History of Greece*, t. VI, p. 411-416.

se veía oprimido, desterrado, diezmado. El triunfo de Atenas daba lugar á sangrientas reacciones, que acompañaban al dominio del partido popular. Estos violentos cambios eran casi diarios. Rodas tenía una constitucion aristocrática. Pindaro cantó la justicia de sus principios, pero previó el peligro con que la amenazaba el creciente poder de Atenas. Bajo la proteccion de la heguemonía ateniense los Diagoridas fueron condenados á muerte y el pueblo se proclamó soberano. En cuanto los Atenioneses sufrieron un reves en Sicilia, la aristocracia recobró el gobierno bajo la proteccion de Esparta. Las victorias de Conon devolvieron el poder al pueblo. Algunos años despues el partido lacedemonio derribó á la democracia, y la guerra social destruyó definitivamente el imperio de Atenas (1). Lo que sucedió en Rodas nos da una idea del estado de las ciudades griegas. Esparta venció en la guerra del Peloponeso; su heguemonía fué señalada por un desbordamiento de pasiones oligárquicas; la fuerza dominó exclusivamente en todas las ciudades (2). Cuando Tébas dió la victoria á la democracia, el pueblo á su vez se entregó á los excesos de sus pasiones, y la democracia degeneró en salvaje oclocracia. La sociedad cayó en disolucion: los Helenos perdieron su independencía porque ya no merecian ser libres (3).

La suerte de las ciudades griegas encierra provechosa enseñanza para los pueblos modernos. Desgraciadamente las naciones no han utilizado hasta ahora las lecciones de la historia. El destino de la Grecia se ha reproducido punto por punto en la Italia de la Edad Media. Los Italianos, raza tan privilegiada como los Helenos, artistas como ellos, raza política como los ciudadanos de Atenas y de Esparta, gustaban de vivir en ciudades y eran entusiastas por la gloria de su patria; pero se desgarraron lo mismo que los Griegos en las eternas luchas de la aristocracia y de la democracia, hasta que, debilitados y exánimes, cayeron bajo el yugo de los tiranos y fueron fácilmente sometidos por el extranjero. ¿Qué es lo que faltaba á aquellos dos pueblos para alcanzar, no ya la gloria,

(1) MÜLLER, *Die Dorier*, t. II, p. 142-144.

(2) XENOPH., *Hellen.*, VI, 3, 8; Τούτων τῶν ἀρχόντων ἐπιμείλειθε οὐκ ὄπω; νομίμως ἀρχοῦσιν, ἀλλ' ὄπω; δύνονται βία κατέχειν τα; πόλεις.

(3) WACHSMUTH, § 62.

que obtuvieron, sino la unidad y una libertad duradera? El sentimiento del derecho. Nunca han conocido más que la fuerza, ni han aspirado más que á la dominacion esclusiva de un partido, de sus exigencias y de sus pasiones. Mas la fuerza no puede fundar la armonía, y sin la conciliacion de los diversos intereses no hay sociedad posible. ¿Bajo qué ley pueden coexistir las diferentes clases, á pesar de la oposicion de sus intereses? No hay otra más que el derecho, el cual asegura la igualdad en medio de las desigualdades necesarias de las condiciones sociales. Si el derecho es respetado, la dignidad del hombre queda á salvo; el pobre puede vivir al lado del rico, el pueblo al lado de la aristocracia, sin pensar en conquistar la igualdad por medio de la violencia. Tenemos á la vista un ejemplo memorable. Hay una nacion en cuyo seno la desigualdad de fortunas y de rangos es mayor que en otro pueblo cualquiera; sin embargo, ningun Estado se ha visto más libre de revoluciones que Inglaterra, ningun país disfruta de una civilizacion más robusta y progresiva. ¿Cuál es la razon? Que la nacion inglesa tributa respeto y culto al derecho, y la libertad le ayuda á soportar la desigualdad. Cuando un pueblo quiere realizar á toda costa la igualdad sin tener en cuenta el derecho, y sacrificando si es necesario la libertad, la sociedad acaba por ser víctima de la fuerza, como la Grecia y la Italia. Si se obtiene la igualdad, es la igualdad que practicaba el Imperio romano, la igualdad bajo el despotismo. Semejante régimen gasta las razas más privilegiadas: testigos son la Grecia y la Italia. La disolucion y la muerte son el resultado del imperio de la fuerza.

¿A quién debemos imputar la responsabilidad del vicio que corria las ciudades griegas? Los dos partidos que las desgarraban fueron igualmente culpables, ó, si se quiere, igualmente impotentes. Ni la democracia ateniense, ni la aristocracia espartana, se manifestaron capaces de organizar una Grecia libre y fuerte, porque ni el pueblo, ni los nobles, ni los ricos, reconocían más que un derecho, el derecho del más fuerte. Sin embargo, comparando los dos elementos que se disputaban el mando, debe preferirse la democracia sin género de duda (1). Hemos dicho que si en aque-

(1) GROTE, *History of Greece*, t. VI, p. 382-384; VIII, 123-125.

llas sangrientas contiendas hubo algo de humanidad fué debida al pueblo: ésta es la señal segura de la superioridad del genio democrático. Debemos insistir sobre este punto, porque es característico y decisivo.

Hay pocos sucesos en la historia antigua y moderna más asombrosos que la conducta de los Atenienses después de la derrota del partido oligárquico. Para apreciar bien toda la generosidad que encierra, es preciso recordar que los caballeros y los hoplitas, vencidos por Trasibulo, habían tomado parte en todas las iniquidades, en todos los crímenes cometidos por los treinta tiranos. Los vencedores tenían en su poder á los mismos que los habían despojado de sus haciendas y habían matado á sus parientes ó amigos. Aun cuando todavía manaban sangre estas heridas, el pueblo las olvidó y no se ocupó más que del restablecimiento de la libertad. La humanidad de los Atenienses, después de la conjuración oligárquica de los Cuatrocientos, durante la guerra del Peloponeso, áun cuando ménos célebre que la generosidad de Trasibulo, no es ménos admirable. Tucídides mismo alaba la moderación del pueblo, y este testimonio es tanto más notable, cuanto que el historiador es partidario de la facción aristocrática (1). Atenas se hallaba abatida por la desgracia, cuando un pequeño número de aristócratas, explotando los desastres de su patria, se valieron de la astucia y de la violencia para apoderarse del poder soberano; concertáronse con los Espartanos, sacrificando á su ambición egoísta la independencia de su patria. El crimen de los conjurados envolvía una doble traición. Hacía cien años que Atenas disfrutaba del gobierno democrático, y había alcanzado por su heroísmo la hegemonía. Los Cuatrocientos la privaban á un tiempo de la libertad y del imperio. A pesar de esto, muy pocos conjurados pagaron su crimen con su vida. La revolución democrática que estalló por el mismo tiempo en Sámos, se señaló por la misma grandeza de alma. Parecía que la pasión de la libertad exaltaba á las masas y las elevaba sobre las malas inspiraciones de la venganza (2).

El genio democrático es por naturaleza más universal, y por

(1) THUCYD., VIII, 97.

(2) IBID., VIII, 73-75.—GROTE, *History of Greece*, t. VIII, p. 120-125.

consiguiente más comprensivo, más humano, que el espíritu aristocrático. En efecto, las aristocracias son necesariamente una minoría. Aun cuando esta minoría tenga en su favor una cultura más adelantada, más conocimientos políticos, le falta siempre una condición esencial para estar á la altura de su ambición, el consagrarse á los intereses generales de la sociedades y sacrificarse por ellos. La aristocracia de la Edad Media estaba viciada por el egoísmo, lo mismo que la de Grecia. Por el contrario, el imperio de la democracia es el de la mayoría, y por esta razón es legítimo; pero la mayoría no debe creerse un poder absoluto, y debe reconocer á los ciudadanos aquellos derechos de que no debe ser despojado, sino que el poder debe proteger y asegurar. Los antiguos no tenían ninguna idea de los derechos naturales inalienables del hombre. Esto no debe extrañarnos. Hace aún muy poco tiempo que la Asamblea constituyente proclamó estos derechos en el mundo europeo; y, áun cuando figuran consignados en nuestras constituciones, ¿han penetrado ya en nuestras costumbres? Si se hubieran arraigado en el pueblo, que fué el primero en reconocerlos, no se verían tan frecuentes y desconsoladores retrocesos. Sirvanos de enseñanza la suerte de la Grecia. Mantengamos firme é inquebrantable el principio del derecho: en definitiva, se trata de nuestra individualidad; es decir, de la esencia de nuestra naturaleza. Si hemos de abdicar nuestros derechos, tanto vale abdicar la vida.

En las relaciones exteriores, la aristocracia dió pruebas de sus pasiones mezquinas y egoístas. En la gran lucha de los Griegos con el Oriente tuvo ménos en cuenta el honor de su patria que sus intereses. Le importaba poco ser tributaria del extranjero, con tal de ejercer la tiranía sobre sus conciudadanos (1). La oligarquía tebana prefirió la amistad de Jerjes á la salvación de los Helenos; Esparta misma vaciló, y apareció más preocupada por la suerte del Peloponeso, en que dominaba, que por los destinos de la Grecia entera. Sólo la democracia ateniense se sacrificó con admirable heroísmo. Herodoto le ha tributado este bello testimonio, que parece arrancado por la verdad: «Aun cuando hubiera que arrostrar

(1) DEMOSTH., *Phil.*, IV, § 4, p. 132, 15: Τῶν δ' εἰς τὸ ἄρχειν μὲν τῶν πολιτῶν ἐπιθυμοῦσιν, ἕτερον δ' ὑπακούουσιν. Compárese HERMANN, § 70, nota 4.

el ódio de la mayoría de los hombres, dice, no es posible desconocer que los Griegos deben su salvación á la abnegación de los Atenienses» (1). Y ¿quién fué el inspirador de la democracia Ateniese en el momento solemne en que se decidieron los destinos de la Grecia y de la humanidad? Un hombre de nacimiento oscuro, pero cuyo nombre brilla en la historia al lado de los más nobles, Temístocles. Del seno de la democracia ateniense salieron también los filósofos, los poetas, los oradores, que llevaron por el mundo entero la gloria de los Helenos.

(1) HEROD., VII, 139.

CAPITULO IV.

LA NACIONALIDAD HELÉNICA.

§ 1.—Los Anfictiones (1).

Durante mucho tiempo la historia antigua ha sido un arma en manos de la democracia moderna. Nuestros padres buscaban en los tiempos pasados el modelo de las instituciones, cuya necesidad sentían; creyeron hallar, unas veces en los bosques de la Germania, otras en Esparta y en Atenas, las garantías políticas de que carecían. Satisfechos con este descubrimiento, dijeron que la libertad era antigua y la servidumbre moderna; reclamaron los derechos del hombre, fundados en títulos tan antiguos como el género humano. Hoy, que nos hallamos en posesión de la organización social, tan ardientemente deseada por nuestros padres, no necesitamos violentar la historia para alcanzar la libertad: podemos señalar, sin presunción, los errores generosos de los sabios y de los historiadores. La idea que el siglo XVIII tenía de los Anfictiones es uno de estos errores.

Montesquieu, con la superioridad del genio, sabe apreciar las ventajas del gobierno federal: «Compuesto de pequeñas repúblicas, goza de la bondad del gobierno interior de cada una de ellas; y

(1) SAINTE-CROIX, *De los gobiernos federativos*, art. 1-5.—*Real Encyclopédie der classischen Alterthumswissenschaft*, en la palabra *Amphiktyonen*.—GERLACH, *der Bund der Amphiktyonen (Historische Studien*, p. 1-47).